ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

Año 1961 - Número 108

SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 088

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958

IMPRESO EN ESPAÑA.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.ª Epoca
Año 1961

Tomo XXXV
Número 108

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1961	JULIO - AGOSTO	Número 108

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. Miguel Maestre y Lasso de la Vega, Presidente de la Diputación Provincial.—Sr. D. Pedro Valverde Fredet, Presidente de la Comisión de Educación —Excmo. Sr. D. José Hernández Díaz.—Sr. D. Francisco López Estrada. Sr. D. Antonio Muro Orejón.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial. Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director:

Sr. D. Manuel Justiniano y Martínez,

Cronista Oficial de la Provincia.

Administrador:

D.ª Araceli Shaw García.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

Miguel Lasarte Cordero.—*Viejos blasones sevillanos (II)*. 9

Hipólito Sancho de Sopranis.—*La Custodia del Corpus de la Catedral de Cádiz. (Apéndice)*..... 33

MISCELANEA

N. N.—*El Chichisveo. Instantáneas sevillanas en el primer tercio del siglo XVIII*..... 77

Antonio Domínguez Ortíz.—*Una representación de la Audiencia de Sevilla a Felipe IV*..... 83

Libros..... 87

Revista de Revistas..... 93

MISCELANEA

EL CHICHISVEO

INSTANTÁNEAS SEVILLANAS EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVIII [1]

El chichisveo impera en la ciudad de Sevilla. Toda mujer que se estime, debe tener su chichisveo. ¿Cosas de la juventud siempre novelera? Fijémonos y veremos cuantas viejas "van chiqueando y cargadas con su chichisveo, sin considerar estas senectudes que aquellos rendimientos no son a ellas sino a sus dineros... Qué diremos de estos vejestorios, si los vemos entrar en modas, aprender bailes y relaciones." (p. 29).

¿Y cuál es la moda? Tal que a las mujeres "las vemos ya casi en cuerpo porque con acortar los mantos y alargar las basquiñas, lo que los mantos por la cortedad no tapan, las basquiñas descubren por su demasía." (p. 2).

También "los hombres, que por el traje español se hacían más respetuosos y venerables, están hoy tan afeminados, que temo que alargando más las chupas un poco y las casacas, ahorren de calzón y anden con basquiña." (p. 4).

Si por el traje corren el peligro de llegar a parecer mujeres, por la cabellera ya han llegado. "Y la lástima es que el caudal es corto para cabello largo... Pues qué diremos del tiempo que se gasta en componer la cabellera, peinarla y expolvorearla, apostándose los hombres con las mujeres y aún excediéndolas en los melindres. Y callo algunos pelos que llevan las cabelleras: si bien deseo que no traigan los hombres en la cabeza lo que ciertos animales en las barbas." Pero la moda es tan tirana "que yo co-

(1) Las siguientes notas las tomamos de un librito en octavo, titulado «El chichisveo impugnado», por el R. P. M. Fr. Ioseph de Haro de San Clemente, carmelita de la Antigua Regular Observancia, publicado en 1728 y reimpreso en 1754 por el Dr. Gerónimo de Castilla. (112 páginas, más 32 de censuras, licencia y prólogo. Citamos por la reimpresión).

nozco —nos dice Fr. Joseph Haro— un mozo que lo mejor que tenía era el cabello, y se lo quitó para ponerse al uso."

"Así, confundidos los sexos, se han introducido los hombres en los estrados... Dejaron las espadas por unos espadines que parecen escarbardientes. Aquí se descubre bien su mujeril inclinación, o por mejor decir, su afeminado natural, pues parece que han dejado la espada por ser ella, y han tomado el espadín por ser él... (p. 3). Verdaderamente que ya no hay hombres; todos son hembras, o por lo menos los más." (p. 4).

Fuerte es la pintura de estos nuevos caballeros que por su dama realizan sus proezas en los estrados. Pero precisamente estas proezas son su mejor confirmación. "Toman con su señora el dulce en un mismo plato; cambian a medio tomar las jícaras de chocolate; la acompañan en los paseos; bailan con ella el baile de la nueva moda con más quiebros que el de la hija de Herodías. Y sobre todo la dádiva, el regalo, la cuelga..." (p. 14).

Este trato tan íntimo y asiduo parece denunciar fines matrimoniales. Nada de eso. Es lo que más admira en el chichisveo. Lo tienen las muchachas con novio y lo tienen las casadas y... los padres y los maridos tan contentos (p. 68). El marido le ha comprado a su mujer "una gala y al recibirla le dice la señora: muy buena y de buen gusto; pero es forzoso saber si es del gusto de mi chichisveo... Díganme: la que quiere dar gusto a su chichisveo en el vestido, no es muy natural el discurrir o el persuadirse que también se lo dará en el forro." (p. 15).

Pero no pensemos mal y ni hagamos de menos a los caballeros. Se trata de "una mera inclinación política y un honesto entretenimiento." Así dicen sus defensores, "quieren hacernos ciegos o nos tienen por necios o por tontos." (p. 17). "Dicen que hay seguridad en los sujetos de respeto y nobleza. ¿Pero... qué sujetos son los que lo dicen? Son ordinariamente los que no tienen ciencia ni conciencia... Bien sé yo que hay hombres doctos que lo practican, mas ninguno que lo abone." (p. 26).

¿Sería alguno de estos doctos el caballero que valerosamente derramó su sangre por su adorado tormento en los siguientes lances? La dama tiene una muela dañada y sufre fuertes dolores. Su chichisveo también sufre. Para poner término a tanto sufrimiento, la anima a que se la saquen, asegurándola que apenas habrá de sentir dolor. Ante la rotunda negativa de la señora, le dice el caballero: "para que veas y conozcas que no te engaño, quiero que ahora el señor Zamora me saque a mí una y quedarás desengañada. Sentóse el caballero y viendo el buen Zamora la fineza de aquel amante, tomó el gatillo, y, como fuese hombre muy forzudo, le asió dos muelas y de una vez le sacó ambas,

ocultándole una. Fueron tales los gritos que dió del dolor, que su chichisveo no quiso que le sacaran la suya. Díjele yo: ¿y para qué le sacó usted dos muelas? Y él me respondió: porque la una se la quiso él sacar por fineza, y la otra se la saqué yo por penitencia." (p. 18).

En mala postura quedó el generoso caballero. Más elegante es sin duda la del siguiente: "Otro gran señor de nuestros días, estando mala su chichisveo, que era dama de palacio, un día en que la sangraron, se fué el señor a un lugar, donde ella, estando en cama, lo pudiera ver, y, puesto en el estribo de la carroza, se sangró por fineza." (p. 29).

Esta epidemia de mentecatez no es de extrañar alcanzase también el sagrado del claustro. "Dícenme que hay chichisveo de frailes. Llámolos así porque a éstos no fuera acertado llamarles religiosos. Lo mismo es que el monje se halle en banquetes y comidas con mujeres que si se arrojase al fuego. Y si a esto se añade la cuelga sobresaliente, las cajas de plata, las tumbagas, los pozuelos de china, los búcaros, el chocolate, el abanillo, el tocado con tanta cantidad de cintas que pudiera enjaezarse un caballo ¿qué diremos?... Una señora de obligaciones, no poco escandalizada, dijo a otra señora, estando yo presente, cómo visitando a otra amiga suya, también señora y doncella, que ésta le había mostrado una cuelga que le había enviado uno de estos frayles, y, siendo así que se componía de cintas, abanillo, tumbagas, pozuelos y chocolate, todavía poco contenta, le dijo a la amiga: cierto que juzgué me enviara una gala... De otro sujeto del mismo estado me contaron unas religiosas que habiendo ido a visitarlas una señora parienta suya que estaba para casarse, les había dicho cómo uno de estos frailes le había enviado un tocado de treinta y dos varas de rica cinta, y añadió: ciertamente me enviará chocolate para batir el día de la boda." (p. 100).

Estos y otros botones de muestra que de la Sevilla de principios del siglo XVIII nos trae el buen fray Joseph de Haro, ¿demuestran una relajación general de costumbres? Difícil es la respuesta, máxime si se atiende a otro hecho social que por entonces también se producía: la imposibilidad en que se veían las casas religiosas de recibir el gran número de personas que solicitaban su ingreso. Estas vocaciones a estado más perfecto brotan siempre en un ambiente de elevada religiosidad.

La Orden de Predicadores en el Capítulo de la Provincia Bética, celebrado en el Real Convento Hispalense de San Pablo el 18 de abril de 1750, se vio precisada a adoptar medidas severas para poner un dique al *ingentem numerum religiosorum* que in-

vadía sus casas, y señaló el número máximo que cada una debía de tener. ¡*Numerus clausus* en la admisión de religiosos!

Ciñéndonos a la ciudad de Sevilla, este número máximo no resulta nada despreciable:

El citado convento de San Pablo, 120.

El convento de Santo Domingo de Porta Coeli, 12.

El convento de la Reina de los Angeles, el establecido por sus Estatutos (204 ?).

El Colegio de Sta. María del Monte Sión, el establecido por sus Estatutos (50 ?).

El convento de N.ª S.ª de la Candelaria de S. Jacinto, 20.

El Colegio Mayor de Santo Tomás, el establecido por sus Estatutos (150 ?).

Si tenemos en cuenta que los números antes señalados eran a los que debían reducirse los existentes, bien podemos admitir que el total de miembros de la Orden de Predicadores en Sevilla se acercaba, si no pasaba, entonces a los 500. Sumemos los de las otras Ordenes y llegaremos a un respetable número de miles.

¿Cómo compaginar los dos hechos, al parecer tan opuestos, que acabamos de señalar en la sociedad sevillana del siglo XVIII? La clave nos la da el P. Haro con el precioso cuento de los dos ratones. Lo trae el historiador griego Grégoras contra S. Atanasio. Abreviando, dice el apólogo que en una tintorería había un hermoso gato blanco que todos los días cazaba un ratón. Pero un buen día cayó dentro de una tina de tinte y "salió más negro que la pez". Advertido por un ratoncillo, reunió a sus compañeros y les dijo: "...ya estamos todos seguros del gato y libremente podemos entrar y salir por donde gustáremos, porque el gato se ha hecho monje y poco ha que yo lo vi con su hábito negro. Está bien eso, dijo otro ratón; pero si es o no es monje, no por eso ha de dejar de ser gato, y así ¿cómo hemos de tener la seguridad que tú nos prometes? Respondió el ratón: ¿Pues no saben que los monjes no comen carne porque se la prohibe su regla? Eso es cierto, dijeron todos; seguros estamos ciertamente que no nos ha de comer. Con esta confianza, el día siguiente, estando el gato acechando, salieron todos los ratones sin miedo alguno por delante del gato, lo cual, visto por él, le causó admiración y novedad, y dando un salto, pilló dos ratones y matólos y se los comió. Huyeron los ratones y metidos en la cueva muy confusos, dijo uno: estamos buenos, amigos; yo juzgo estamos de peor calidad. Este gato, ante que se entrase religioso, daba gracias a su fortuna si alcanzaba un ratón para comer todo un día, y ahora que se ha hecho fraile, no tiene bastante con uno, y quiera Dios

que se contente con dos. Aplique el cuento el lector, que yo me contento con haberlo referido." (p. 101-103).

No se contentó, sin embargo, el P. Haro con referir el cuento, sino que más adelante hace su aplicación, y por cierto con toda crudeza, afirmando que, en cuanto a la entrada en las sagradas religiones, hay dos clases de sujetos: "algunos hay (aunque no son muchos) que.. vinieron a servir a Dios y a servir y honrar la religión... Otros (y son los más)... vinieron a acomodarse, no a servir a la religión, sino a servirse de ella, a comer dos ratones, porque en el siglo apenas alcanzarían uno. Algunos de éstos tienen chichisveo que, estando en el siglo no lo tuvieran. Visitan señoras que no visitaran sin el hábito." (p. 107). Afortunadamente ni siempre fue, ni es así; ni en Sevilla ni en otras partes.

N. N.